ESPIRITUALIDAD DEL SACERDOTE DIOCESANO SECULAR (III)

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v51i177.701>

Autor: Florentino Muñoz Muñoz. Sacerdote. Profesor de Teología en el Seminario Mayor de Cáceres y Vicario Episcopal para el Clero de la diócesis de Coria-Cáceres.

En esta 3ª parte sigue con las claves de la espiritualidad del sacerdote. Añade: estar su misión inserta en la Iglesia en cuanto misterio, comunión y misión, subrayando la espiritualidad evangelizadora. Como elementos peculiares de su espiritualidad la ministerialidad, signo de Cristo Buen Pastor.

ESTUDIOS

CAPÍTULO SEXTO: LAS CLAVES DE LA ESPIRITUALIDAD DEL SACERDOTE (Continuación)

3.2. Los Sacerdotes en la Iglesia misterio, comunión y misión e inserta en la historia

Ya hemos hablado de la relación del Presbítero diocesano con la Iglesia. Ahora queremos profundizar en la dimensión eclesial de su espiritualidad que se verá enriquecida por los rasgos y matices que brotan de su inserción y servicio a la Iglesia, Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo. En el misterio de la Iglesia se encuentra y se descubre la razón profunda del sacerdocio ministerial ya que la comunidad eclesial tiene absoluta necesidad del sacerdocio ministerial para que Jesucristo, Cristo, Cabeza y Pastor, esté presente en ella.

Nos referimos a la Iglesia Particular que no es un departamento administrativo, ni una entidad jurídica, sino que es una realidad sacramental, teológica y apostólica. La Iglesia es misterio, comunión y misión.

3.2.1. El Sacerdote en la Iglesia misterio

¿Qué significa que la Iglesia es misterio?

La Iglesia es misterio en cuanto que es signo de la presencia y de la actuación de Dios que nos quiere salvar. “La Iglesia es misterio porque el amor y la vida del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo son el don absolutamente gratuito que se ofrece a cuantos han nacido del agua y del Espíritu (cf. Jn.3,5), llamados a revivir la misma comunión de Dios y a manifestarla y comunicarla en la historia (misión)” (ChFL 8). Por eso, la Iglesia no puede ser equiparada a una sociedad pues queda reducida a su aspecto visible, a su estructura institucional y no se pone de relieve ni su origen trinitario, ni su misión.

B) El Sacerdote en la Iglesia-misterio

El Sacerdote forma parte de la Iglesia, misterio-sacramento, como signo del Buen Pastor (cf. PO 1-3) y, como tal, prolonga su palabra, su acción salvadora y su servicio pastoral (cf. PO 4-6).

El Sacerdote es servidor de la Iglesia misterio porque realiza los signos eclesiales y sacramentales de la presencia de Cristo resucitado (PDV 16); y ha de procurar que lo funcional, también el ministerio, esté siempre subordinado a lo misterioso y nunca expresa ni da la totalidad de lo misterioso.

El Sacerdote es sacramento vivo de Cristo en medio de su Iglesia, especialmente, en la acción litúrgica destinada a glorificar al Padre por Cristo en el Espíritu Santo y a santificar a los fieles (cf. SC 7: 10). La liturgia pone de relieve que el Sacerdote es el signo personal del Señor que da la gracia a su Iglesia; es el sacramento de la gratuidad divina.

C) La espiritualidad litúrgica del Sacerdote

¿En qué consiste la espiritualidad litúrgica?

a) La espiritualidad litúrgica propia de todos los bautizados

“La espiritualidad litúrgica podría perfilarse como la respuesta permanente de los fieles cristianos a la presencia y a la acción en ellos de la gracia de la filiación divina adoptiva que los configura y asimila a Cristo; respuesta que se alimenta en la Palabra de Dios y en los sacramentos, se apoya en la plegaria eclesial y en la oración personal inspirada en ésta, y entra en contacto con los misterios de la salvación celebrados en el curso del año litúrgico... La espiritualidad litúrgica tiene unas características que contribuyen a definir las actitudes y el estilo de vida de quienes orientan su vida de acuerdo con la propuesta de la liturgia. Estas características son: bíblica, histórica y profética, cristocéntrica y pascual, sacramental”²⁴.

b) La espiritualidad litúrgica para el sacerdote

Teniendo en cuenta lo que hemos afirmado de la espiritualidad litúrgica aplicada a todos los bautizados, abordamos la espiritualidad del sacerdote, contemplada desde la raíz sacramental de quien es a la vez cristiano y ministro de Cristo. Ambos aspectos tiene su origen en los sacramentos de la Iniciación Cristiana y en el sacramento del Orden.

En la exposición de este tema seguimos de cerca las enseñanzas de Mons. J. López

La espiritualidad del sacerdote será verdadera espiritualidad litúrgica cuando penetre en las raíces sacramentales del ser cristiano y sacerdotal, comenzando por la “inestimable riqueza del Bautismo que nos ha purificado, del Espíritu que nos ha hecho renacer y de la Sangre que nos ha redimido” (Oración colecta del domingo II de Pascua). Dicho de otro modo: la espiritualidad del sacerdote del tercer milenio será una espiritualidad litúrgica, es decir, eclesial y coherente con la vocación específica a la santidad que brota del don recibido en el sacramento del Orden, si arranca de las raíces sacramentales del ser cristiano y sacerdotal, y se apoya no sólo en el ejercicio del ministerio litúrgico sino también en la propia participación personal en el misterio pascual de Jesucristo que le ofrece la liturgia que debe presidir y animar desde dentro.

²⁴ Mons. Julián López: “*Espiritualidad litúrgica y sacramental*”, en “La formación del sacerdote del tercer milenio...”, pp. 247-248.

Hablar de la dimensión litúrgica y sacramental de la espiritualidad sacerdotal supone reconocer la sacramentalidad como elemento que define la vida espiritual de quien ha sido consagrado para ser signo personal de Jesucristo Cabeza y Pastor de la Iglesia (cf. LG 28; PO 2; 12). Esta dimensión litúrgica, por una parte, permite contemplar el ejercicio del ministerio como fuente de vida interior (cf. PO 13) y, por otra, otorga unidad, armonía y coherencia a la existencia y al ministerio a ejemplo de Jesucristo (cf. PO 14).

Ser signo personal de Jesucristo en la Asamblea de los fieles, pide al Sacerdote una especial relación con Aquel a quien representa y con la misma comunidad eclesial a la que sirve en nombre del Señor. Esta relación, en términos de espiritualidad sacerdotal, ha de traducirse en un ejercicio consciente y digno del ministerio, en particular del ministerio de la presidencia de la celebración eucarística.

El ministerio litúrgico contribuye, por tanto, en buena medida a que el sacerdote mantenga una espiritualidad centrada en la relación con Cristo, a quien hace presente de forma sacramental, y en la relación con la Iglesia, para la que es signo personal del Señor.

¿En qué consiste la espiritualidad litúrgica del sacerdote?

El Sacerdote celebrante ha de “conformarse” espiritualmente con el misterio que está celebrando: la entrega de Cristo hasta la muerte al Padre por la salvación de la humanidad. De esta manera no será un mero ejecutor de ritos válidos y lícitos, sino un pastor, una imagen viva del Señor.

3.2.2. *El Sacerdote en la Iglesia comunión*

La Iglesia es misterio de comunión trinitaria

El origen de esta comunión eclesial y su horizonte son trinitarios pues “los vínculos que unen a los miembros del nuevo pueblo entre sí –y aun antes con Cristo– no son los de “la carne y de la sangre”, sino los del Espíritu Santo que reciben todos los bautizados (ChFL 19).

La Iglesia es comunión porque participa de la misma vida de Dios, otorgada gratuitamente por Cristo y el Espíritu (cf. NMI 42). El Espíritu es el artífice de la comunión eclesial y el que la acompaña, la previene y la comanda, desbordando los proyectos humanos. Por eso, esta comunión

es ante todo un don que el Espíritu Santo regala continuamente a la Iglesia y a cada uno de nosotros, que debemos acoger, vivir y hacerla visible.

Nuestra comunión eclesial consiste en la unión íntima y armoniosa que tenemos con el Padre por el Hijo en el Espíritu Santo, los cuales se nos comunican para que compartamos su misma vida de amor recíproco, formando una comunidad fraterna de hijos de Dios.

La realidad de la Iglesia-Comunión es parte integrante, más aún, representa el contenido central del “misterio”, o sea, del designio divino de salvación de la humanidad. Por eso la comunión eclesial no puede ser captada adecuadamente cuando se la entiende como una realidad sociológica y psicológica, ni se puede reducir a meras cuestiones organizativas o a cuestiones que se refieren a meras potestades” ²⁵.

“La comunión está caracterizada por la simultánea presencia de la diversidad y de la complementariedad de las vocaciones y condiciones de vida, de los ministerios, de los carismas y de las responsabilidades” (ChFL 20). En efecto el Espíritu Santo “reparte entre los fieles gracias de todo género, incluso especiales, con las que dispone y prepara para realizar la diversidad de obras y oficios provechosos para la renovación y una más amplia edificación de la Iglesia” (LG 12). Estos carismas “han de ser acogidos con gratitud, tanto por parte de quien los recibe, como por parte de todos en la Iglesia. Son, en efecto, una singular riqueza de gracia para la vitalidad apostólica y para la santidad del entero Cuerpo de Cristo” (ChFL 24). “El dictamen sobre la autenticidad de los carismas y sobre su ordenado ejercicio pertenece a aquellos que presiden en la Iglesia...(LG 12).

“Porque la Iglesia es comunión, la participación y la corresponsabilidad deben existir en todos sus grados. Este principio debe entenderse de diverso modo en los ámbitos diversos” (Sínodo-1985, n.6). Ahora bien, tengamos presente que la corresponsabilidad sin comunión perdería su fuente más profunda, y la comunión sin corresponsabilidad quedaría reducida a algo abstracto. Esto exige unas estructuras diocesanas, arciprestales y parroquiales participativas en las que cada miembro de la Iglesia asuma responsablemente su papel reconociendo, al mismo tiempo, que el de los demás es tan necesario como el suyo.

En resumen la comunión implica diversidad, corresponsabilidad, complementariedad, “sinodalidad”, trabajo para el bien de los demás y

²⁵ Sínodo Extraordinario - 1985.

para el bien de toda la Iglesia, y pide la unidad (cf. CLIM n.21). La Comunión critica la uniformidad rutinaria, la espontaneidad incontrolada, la rivalidad y la inhibición. La comunión se realiza a través del ejercicio de la corresponsabilidad y requiere cauces: el Consejo de Pastoral, el Consejo de Laicos...Cada cual en la Iglesia tiene el carisma, el ministerio...que el Espíritu Santo le ha dado ²⁶.

B) El Sacerdote en la Iglesia-comunión

El Sacerdote forma parte de la Iglesia comunión como miembro de un Presbiterio, cuya cabeza es el Obispo, al servicio de la comunidad eclesial (cf. PO 7-9).

El Sacerdote en cuanto partícipe de la acción directiva de Cristo Cabeza y Pastor sobre su Cuerpo (PDV 21), está específicamente capacitado para ser, en el plano pastoral, el “hombre de la comunión” (PDV 18), de la guía y del servicio a todos. Él está llamado a promover y a mantener la unidad de los miembros con la Cabeza, y de todos entre sí.

¿Qué implica ser servidor de la Iglesia Comunión?

El sacerdote es servidor de la Iglesia-Comunión porque, unido al Obispo y, en estrecha relación con los Presbíteros, construye la unidad de la comunidad en la armonía de las diversas vocaciones, carismas y servicios. El Sacerdote tiene el deber de “hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión”. Éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las esperanzas del mundo ²⁷.

El servicio del Presbítero a la comunión no significa que tenga que aprobar y aceptar todo ni que tenga que hacer de la unidad pastoral una proyección de sus preferencias, opciones y planificaciones pastorales. Ser ministro de la comunión supone tener la calidad de discernir.

²⁶ P. Escartín Celaya: “*El Apostolado de los Laicos. ¿Qué Iglesia?*” EDICE, pp. 9-10.

²⁷ Juan Pablo II: “*Novo Millennio Ineunte*”, n. 43.

C) La espiritualidad del Sacerdote diocesano en línea comunal

La espiritualidad de comunión tiene su fundamento en la eclesiología de comunión y es “camino espiritual”, sin el cual “de poco servirán los instrumentos externos de comunión” (NMI 43). Esta espiritualidad de comunión significa:

a) Una mirada del corazón hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado.

b) Amar de forma realista y efectiva a la Iglesia en su dimensión humana. Recordemos que la Iglesia es una “realidad teándrica”: “reunión visible y comunidad espiritual”, “realidad compleja, constituida por un elemento humano y otro divino” (LG 8). El amor a la Iglesia implica aceptar las limitaciones y los pecados de los miembros de la Iglesia, alegrarse y gozar de la riqueza de los carismas...

c) Renunciar a acaparar todos los carismas y evitar actitudes de celos, envidias o rivalidades. Esto supone que el Presbítero ha de despojarse de viejas costumbres en el gobierno y la actividad pastoral. “La función propia e inconfundible del carisma de dirección de la comunidad no es la acumulación, sino la integración de los carismas” (W.Kasper).

d) Promover la corresponsabilidad con los hermanos no ordenados, respetando y reconociendo los dones, carismas y ministerios que el Espíritu les haya dado para la misión (cf. NMI 46).

e) Potenciar la comunidad de vida y de acción con los hermanos presbíteros, superando así el individualismo y el aislamiento que, en definitiva, son estériles.

f) Promover la cultura de comunión que se hace visible en la convergencia, en la complementariedad, en la co-responsabilidad, en la colaboración, en la ayuda, en el intercambio con los demás presbíteros.

g) Capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo Místico y, por tanto, como “uno que me pertenece”. De este prin-

cipio derivan algunas consecuencias en el modo de sentir y de obrar: compartir las alegrías y sufrimientos de los demás, intuir sus deseos y atender a sus necesidades; ofrecerles una verdadera y profunda amistad.

h) Capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios; es saber dar espacio al hermano llevando mutuamente los unos las cargas de los otros.

i) Promover la comunión en el delicado ámbito del campo ecuménico (NMI 48) y del dialogo interreligioso (NMI 54).

Ahora bien, en vano se pretendería cultivar una espiritualidad de comunión sin una relación efectiva y afectiva con los pastores, en primer lugar con el Papa, centro de la unidad de la Iglesia y con su Magisterio.

3.2.3. *El Sacerdote en la Iglesia misión*

A) La Iglesia es misionera

La comunión y la misión se completan y se condicionan. La Iglesia es “misterio de comunión trinitaria en tensión misionera” (Juan Pablo II). La Iglesia es comunión misionera de tal forma que la palabra misión no es posterior a la comunión, sino que entra dentro de la dinámica de la comunión. La Iglesia es, por su misma naturaleza, misionera (AG 2) ya que ha sido fundada por Cristo para evangelizar. “Evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda”. Por eso, la Iglesia sale de sí misma para ir al encuentro del hombre y de la mujer contemporáneos a fin de anunciarles la Buena Noticia de Jesucristo, Redentor y Salvador de la humanidad (cf. Mt 28,18-20). “La Iglesia existe para evangelizar” (EN 14). El Espíritu Santo impulsa a la Iglesia a anunciar a Jesucristo, hasta el punto de que el Espíritu Santo es el protagonista de la evangelización (cf. EN 75).

Todos los bautizados somos llamados a participar en la misión de la Iglesia desde el don recibido y en comunión eclesial. No hay que inhibirse ni echarse atrás ante las dificultades, persecuciones que puedan aparecer. No estamos solos. Contamos con la presencia del Señor (Mt 28,20) y con la fuerza del Espíritu Santo (Jn 20,22) que nos otorgan poder evange-

lizar con nuevo ardor, con el fervor de los santos, con nuevas expresiones, de tú a tú, siendo testigos, con nuevos métodos.

La misión critica nuestro repliegue hacia el “intimismo” cuando la situación es difícil, la irrelevancia de la presencia de los cristianos en la sociedad, el abandono de lugares humanos, la falta de acompañamiento.

La Iglesia ha de dar respuesta a cuatro realidades culturales de hoy:

– La conciencia de adultez, autonomía y libertad que han alcanzado las sociedades desarrolladas, como fruto de la Ilustración y de la Modernidad.

– Su decidida apuesta por la “sociedad del bienestar” como consecuencia del desarrollo científico-técnico y del crecimiento de la iniciativa pública;

– El desencanto postmoderno, como crítica a las “divinas palabras” y a las promesas incumplidas, pero también como reacción subconsciente ante el vacío de valores;

– La sensación de injusticia generalizada, que se abre paso en un número creciente de conciencias, ante la dolorosa realidad de una “aldea global” en la que dos terceras partes de los “aldeanos” carecen del mínimo decente para subsistir ²⁸.

B) El Sacerdote en la Iglesia-misión

La misión del presbítero no es un elemento extrínseco a la consagración, sino que constituye su finalidad intrínseca: la consagración es para la misión. Ambas están puestas bajo el influjo santificador del Espíritu (PDV 24), por lo que pertenecen a su espiritualidad. La misión del presbítero no es una tarea burocrática sino que es “sacramento” de la misión de Jesucristo. La misión no se reduce a la acción; también es misterio y comunión, testimonio y pasión por el Reino. Por eso, los sacerdotes ancianos, enfermos y tantos otros que no realizan actividades apostólicas “directas” están en misión, dando testimonio de Jesucristo muerto y resucitado y completando lo que falta a las tribulaciones de Cristo a favor de la Iglesia.

El Sacerdote es servidor de la Iglesia misión porque participa de la misma misión de Cristo (PO 10) para obrar en su nombre y persona (cf.

²⁸ P. Escartín Celaya: “*El Apostolado de los Laicos. ¿Qué Iglesia?*” EDICE, pp.12s.

PO 2,6,12) y porque hace a la comunidad anunciadora y testigo del Evangelio (PDV 16) suscitando en ella movimientos apostólicos.

¿Qué implica ser servidor de la Iglesia misionera?

- Intensificar el sentido comunitario y la capacidad de evangelización de las comunidades cristianas;
- poner en marcha el proceso total de la Iniciación Cristiana;
- promover las vocaciones de especial consagración. La falta de sacerdotes trae consigo el debilitamiento de la Iglesia ya que se enfría su ardor por Dios, se resquebrajan sus vínculos comunitarios, se relaja su vigor servicial y evangelizador;
- fomentar los ministerios laicales, instituidos o no, en las Parroquias;
- ayudar a las Comunidades Cristianas a que sean cada día más comunidades vivas, participativas, corresponsables...;
- iniciar unos procesos pastorales que incidan de verdad en la conciencia personal y colectiva de las personas. Estos procesos han de ser procesos educativos...

C) La espiritualidad del Sacerdote diocesano en línea evangelizadora

Las palabras de Jesús en la Sinagoga de Nazaret: “El Espíritu del Señor está sobre mí y me ha ungido; me ha enviado a anunciar la Buena Nueva a los pobres...” (Lc 4,16-30) son la expresión de lo que es la espiritualidad en línea evangelizadora y misionera ²⁹.

Necesitamos una conversión pastoral que nos libere de la rutina, de la inercia, de las repeticiones agotadas y del simple mantenimiento de lo existente, que nos haga posible fortalecer la pastoral de conjunto y diversificada por sectores: familias, jóvenes, profesionales..., que nos permita intensificar la pastoral de alejados e implantar la Acción Católica y otros Movimientos...

²⁹ Juan Pablo II manifiesta que “la vida espiritual de los sacerdotes debe estar profundamente marcada por el anhelo y el dinamismo misionero” (PDV 32).

a) ¿En qué consiste la espiritualidad evangelizadora?

Después de haber hablado de Jesucristo como el Buen Pastor y haber presentado al Presbítero como signo de Jesucristo, el Buen Pastor, es necesario ofrecer la semblanza de la espiritualidad del Sacerdote en línea evangelizadora de la siguiente forma:

b) Rasgos y características de esta espiritualidad

Las características más importantes y significativas de la espiritualidad del Sacerdote diocesano en perspectiva evangelizadora son las siguientes:

La misión arranca del Padre

“De madrugada, antes de amanecer, Jesús se levantó y, saliendo de la ciudad, se dirigió a un lugar apartado a orar” (Mc 1,35). Jesús inicia la misión desde su Abba. El Sacerdote ha de partir también desde Dios.

¿Cómo experimentamos a Dios en la misión?

– Como el Dios del Amor y de la Gracia. El Presbítero ha de vivir la experiencia de sentirse amado por Dios para mejor evangelizar al hombre diciéndole: “Dios te ama”. Este es el corazón de la nueva evangelización” (Juan Pablo II). La experiencia del amor de Dios al hombre debe hacer de su caridad pastoral un “creciente y apasionado amor al hombre”.

– Como el Dios que nos precede en la misión ya que por el Espíritu está actuando en aquellos a las que vamos a anunciarle el Evangelio. El Pastor no está solo. Lo acompaña el Espíritu Santo dándole fuerza y aliento para el camino del servicio apostólico.

– Como el Dios que “da el crecimiento” (1Cor 3,7). Confesamos la primacía de la gracia de Dios que por medio de Jesucristo suscita, acompaña y lleva a buen fin la acción evangelizadora. En medio de nuestra fragilidad, tenemos la convicción de que Dios actúa con su gracia en nosotros y a través de nosotros.

– Como el Dios que, desde “los últimos de este mundo”, nos interpela, nos conmueve, nos inquieta (cf. Mt 25,31-46). Los pecadores, los

pobres, los enfermos, los marginados... deben estar siempre presentes en la mirada y en el corazón del pastor que ama como el Buen Pastor.

– Como el Dios de la Vida que, ante tantos ídolos de muerte que construimos, no se cansa de llamar e invitar al hombre a que renuncie de una vez y para siempre a la violencia y a la muerte. El Presbítero ha de ayudar a todos a construir la paz y la concordia mediante el respeto, el diálogo, la acogida. Ante la cultura de la muerte hay que construir juntos la civilización del amor y de la vida.

– Como el Dios “oculto”. Muchas de las situaciones pastorales que vive el Sacerdote en su ministerio, las percibe como un doloroso ocultamiento de Dios, que afronta en la fe y en la esperanza y que vive en la certeza y convicción de que Dios se ha hecho presente en y por medio de gestos pobres. Dios no se impone, se da; Dios no fuerza, invita. Nuestro Dios es un Dios discreto, que se esconde en los pliegues de la historia; pero vivo, presente y activo.

Esta experiencia de Dios genera en el Sacerdote una espiritualidad rica de contenidos y dimensiones. En efecto, es una espiritualidad de adoración y de agradecimiento; es una espiritualidad de escucha de Dios en su Palabra y en los signos de los tiempos; es una espiritualidad de inserción en el mundo del pobre y de compromiso solidario con su causa; es una espiritualidad de fortaleza ante las tribulaciones y persecuciones; es una espiritualidad de esperanza que nos proyecta hacia el corazón del Padre.

Si queremos que la Iglesia se renueve, debemos no sólo contemplar a Dios sino también practicar a Dios. Dios no es sólo el “totalmente Otro”, sino también el “totalmente Nuevo”. Contemplemos a Dios no sólo en la intimidad de nuestra conciencia; contemplemos también a Dios en los pueblos crucificados y rotos. “Practiquemos” a Dios ante esos pueblos crucificados y rotos bajándolos de sus cruces y poniéndolos de pie, practicando la justicia y amando con ternura.

– “*En el Nombre de Jesucristo*” (Hech 3,6)

Un día, Jesús dijo: “sin mí nada podéis hacer” (Jn 15,5). Separados del Señor nada podemos. San Pablo nos comunicó su propia experiencia: “todo lo puedo en Aquél que me conforta” y “nuestra suficiencia viene de Dios”. La unión con Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia, constituye la entraña de nuestra espiritualidad.

Como los Apóstoles también hoy gritamos: “en tu nombre, Señor, echaré las redes; en nombre de Jesús Nazareno levántate y anda”. Él es nuestra fuerza, nuestra certeza, nuestra seguridad. ¿A quién vamos a acudir? sólo Tú tienes palabras de Vida Eterna”.

La espiritualidad de misión exige que el misionero tenga una honda experiencia de Jesús y sea seguidor suyo: “ya que la nueva evangelización se hace por medio de testigos”, a quienes los hombres de hoy escuchan mejor que a los maestros”, y ponga su confianza en el Señor que lo conforta y le entrega el Espíritu que es el aliento para el camino del servicio pastoral .

– *Con la fuerza del Espíritu Santo*

El Padre ha dado a su Hijo Jesús el Espíritu sin medida (Jn 3,34). Por eso, Jesús proclama en la Sinagoga de Nazaret: “El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor” (Lc 4,18-19).

Los sacerdotes han de dar testimonio de que el Espíritu de Dios llena sus vidas, aunque sean modestas, humildes, incluso hasta imperfectas. Ese Espíritu se hace visible y se muestra en el sentido y la alegría que brotan del alma sacerdotal.

El Espíritu Santo precede, acompaña y concluye la acción pastoral del Sacerdote. Nuestra espiritualidad ha de poner en el centro al Espíritu Santo en la variedad de sus dones, carismas y ministerios para partir siempre desde Él y no desde nosotros. Hemos de anunciar el Evangelio con la fuerza del Espíritu Santo.

– *Disponibles para la misión en comunión con el Obispo*

El Presbítero se ordena al servicio ministerial de una Iglesia Particular. La razón de la ordenación es servir ministerialmente a una diócesis desde el presbiterio. Traducido en actitud pastoral, esto se llama disponibilidad. Un presbítero, antes que párroco de un lugar o ministerio de tal tarea, es miembro de un Presbiterio. Por eso tiene poco sentido teológico la idea de la propiedad de una parte de la grey como derecho jurídico. Es

una Iglesia local la que ha tomado posesión de nosotros, para que nuestro servicio se concrete allí donde haga falta.

El Sacerdote debe estar disponible para la ofrenda de su persona y de su vida como un sacrificio existencial, vivo y agradable a los ojos de Dios hecho presente en la realización del ministerio en el lugar donde fuera enviado.

El Sacerdote ha de actuar en comunión con el Obispo. Recordemos la pregunta que el Obispo hace a los elegidos para el presbiterado: “¿estáis dispuestos a desempeñar siempre el ministerio sacerdotal en el grado de los presbíteros, como buenos colaboradores del Orden Episcopal, apacientando el rebaño del Señor y dejándoos guiar por el Espíritu Santo?”. Renovemos nuestra promesa.

– Hermanos en la Fraternidad Sacerdotal

El Señor envió a sus discípulos “de dos en dos” (Mc 6,7) a anunciar el Reino de Dios. El seguimiento de Jesús y la disponibilidad misionera no son posibles sin la renuncia que nos pide el Señor y sin la vivencia de la fraternidad sacerdotal. Nos fijamos en la fraternidad.

Para que esta fraternidad sea una realidad viva y operativa en la Diócesis es necesaria la presencia cercana, amistosa... del Obispo pues él preside la Iglesia Diocesana en el amor y en la comunión eclesial (cf. ChD 28) y el esfuerzo de todos para hacer realidad esta fraternidad y no se quede reducida a una frase retórica o a un propósito.

Los Sacerdotes hemos de ser conscientes de tener una doble fraternidad: la sacramental, en virtud del don del Espíritu recibido, y la de la misión canónica compartida que, a su vez, reclama un trabajo pastoral solidario y una vida fraterna en lo humano y espiritual.

Profundizamos en la fraternidad mediante la acogida y el respeto, la escucha y el diálogo sincero, un estilo de vida sencillo y cordial, la oración y la conversión.

– Solícitos por los fieles

La espiritualidad de misión impulsa al Sacerdote diocesano a incrementar su solicitud por todos los que le han sido encomendados: ofreciéndoles la Palabra de Dios, suscitando en ellos la conversión al Señor,

guiándolos a los Sacramentos y a la Eucaristía, educándolos en la justicia y en la paz, impulsándolos a defender la dignidad del ser humano y acompañándolos en su estar presentes desde el Señor y el Evangelio en la secularidad que es “el lugar peculiar del laico”.

El mandamiento nuevo de Jesús: “amaos los unos a los otros, como Yo os he amado” (Jn 13,34) expresa que el sello distintivo de espiritualidad de misión de los discípulos de Jesús es el amor ³⁰.

– Optando por la Comunidad

La comunidad cristiana es un ámbito de relación en el que los creyentes nos acogemos mutuamente como hermanos, nos sentimos responsables unos de otros y compartimos los dones y carismas que el Espíritu Santo nos ha otorgado “para común utilidad y para la edificación del Cuerpo de Cristo”.

Para hacer viva esta opción, es necesario que los sacerdotes se esfuercen en:

* Reavivar la fraternidad en fidelidad a las palabras de Jesús: “Uno solo es vuestro Maestro y todos sois hermanos” (Mt 23,8). La fraternidad es el principio de la unidad y de la cohesión de toda comunidad cristiana. En efecto, “la parroquia es la familia de Dios, como una fraternidad animada por el Espíritu de unidad, es una casa de familia, fraterna y acogedora, es la comunidad de los fieles” (ChFL 26).

* Potenciar la corresponsabilidad ya que en la Iglesia del Señor todos somos iguales en dignidad por el Bautismo y todos somos responsables de la única misión del Pueblo de Dios en el mundo. Pero no todos somos responsables de la misma manera, ya que en la Iglesia existen distintos ministerios, carismas y servicios. Por eso podemos hablar de una “corresponsabilidad orgánica”.

³⁰ Visser 't Hooft escribe: “un Cristianismo que haya perdido su dimensión vertical se habrá perdido a sí mismo; pero un Cristianismo que utilice las preocupaciones verticales como medio para rehuir responsabilidades ante los hombres, no será ni más ni menos que una negatava de la Encarnación...Es hora de comprender que todo miembro de la Iglesia que rehuya en la práctica tener una responsabilidad ante los pobres, es tan culpable de herejía como el que rechaza una de las verdades de la fe” (“Discurso en la Asamblea mundial de las Iglesias”. Upsala 1968).

* Animar y ayudar a los seglares para que se sientan responsables con los demás para realizar juntos la misión que Jesús nos ha confiado.” La participación de todos los laicos en la misión evangelizadora de la Iglesia es hoy especialmente urgente” (CLIM 43). “La nueva evangelización se hará, sobre todo, por los laicos o no se hará” (CLIM 148).

* Fomentar la vivencia comunitaria de la fe, dedicando atención y tiempo con preferencia a la formación de la comunidad cristiana y ofreciendo cauces para que se pase de un cristianismo masivo a un cristianismo comunitario. Hemos de impulsar los organismos colegiales y facilitar la participación de los laicos en la elaboración, realización y revisión de los planes pastorales.

* Superar el aislamiento y el individualismo, promoviendo, donde sea necesario, la reconciliación y el perdón, potenciando la comunión y la fraternidad, fomentando la oración y la acción en común, los encuentros y la ayuda fraterna y respetando a cada uno.

* Promover una Parroquia como “comunidad de comunidades”, suscitando en todos la necesidad de participar en la vida y misión de la misma y de colaborar en la planificación, realización y revisión de la acción pastoral. Promovamos los diversos movimientos apostólicos en las Parroquias.

La vida comunitaria es ayuda, sostén y fuerza para la misión. Jesús oró por nosotros con esta oración: “¡Padre! que todos sean uno como Tú y Yo somos uno, a fin de que el mundo crea” (Jn 17,21-22). Los hermanos se acogen en las entrañas del Señor, se perdonan como nos perdona Jesús, se alientan para el camino del servicio apostólico, y rezan unos por otros. Todos son miembros activos de la comunidad en la que se establecen relaciones interpersonales nuevas. Se producen nuevas formas de vinculación entre sus miembros, varones y mujeres, que constituyen una alternativa crítica a las de la sociedad actual.

– *Cultivando actitudes y virtudes coherentes con la misión*

El Sacerdote diocesano realizará la misión bajo el aliento del Espíritu (cf. Lc 4,18; Jn 20,22), como testigo de Dios (1Jn 1,1-3), como servidor

de la verdad, animado por el amor (Jn 13,34), con el fervor de los santos y en comunión fraterna (EN 74-80).

¿Qué cualidades ha de cultivar el Sacerdote en la misión? Consignamos las siguientes: la misericordia entrañable, la limpieza del corazón, la mansedumbre sin fisuras, la firmeza y paciencia en las tribulaciones y persecuciones, la alegría de ser y saberse ministro del Evangelio, la capacidad de perdonar, la esperanza en que el Señor está con él y que vendrá al final de los siglos ³¹.

– Celebrantes de la salvación

La celebración de la Eucaristía tiene un lugar muy significativo en la espiritualidad evangelizadora no sólo porque “la eucaristía aparece como fuente y cima de toda evangelización” (PO 5), sino también porque toda la Comunidad, presidida y servida por el Sacerdote, une a esta celebración las alegrías, gozos y esperanzas de todos, especialmente de los más necesitados, porque en sus vidas y en sus historias van surgiendo los signos del reino de Dios que implica una experiencia de filiación, de fraternidad, de compartición, de liberación, de gozo, de alabanza al Padre por Cristo en el Espíritu Santo.

– Llenos de la esperanza que nunca defrauda

El Sacerdote ha de ser hombre de esperanza “contra toda esperanza”. La esperanza pertenece a la espiritualidad del Sacerdote. Se acaba el evangelizador cuando se le agota la esperanza. Es la esperanza del sembrador que cada día sale a sembrar. Es la esperanza del pescador que prepara la red y la echa en el lago. Es la esperanza en Dios que da el incremento al que planta y al que siembra. Es la esperanza en la Palabra que tiene fuerza y nunca vuelve vacía. Es la esperanza en el hombre.

En un mundo en el que se habla del “fin de la historia”, de la “imposibilidad de la utopía” y de la “muerte de las ideologías”; en un mundo

³¹ Comisión Episcopal del Clero: “La gracia de la misión al mundo comporta la gracia de amar al mundo como Dios lo ama. Amarle con un amor efectiva y afectivamente implicado en su marcha y en su suerte, con un amor clarividente para no caer ni en una visión tenebrista de la sociedad, ni en una ceguera ante sus aspectos inhumanos y antievangélicos” (“Espiritualidad sacerdotal y ministerio”, p.42).

culturalmente volcado hacia el fragmento, la privatización intimista y el goce del instante presente, la espiritualidad cristiana y sacerdotal debe reivindicar con intensidad la dimensión utópica de la esperanza.

Nuestra esperanza cristiana ni es ingenua ni es infantil ya que está confrontada con el sufrimiento y el dolor. Por eso, es una esperanza crucificada y abierta a la posibilidad de lo nuevo ya que se fundamenta en Dios y participa ya de la resurrección de Cristo, aunque el hombre sigue esperando su plenificación y consumación final en Dios.

3.2.4. El Sacerdote en la Iglesia encarnada en el mundo. El Sacerdote, signo de Cristo, el Buen Samaritano.

La Iglesia encarnada en la historia siguiendo el ejemplo de Jesucristo

En la Sinagoga de Nazaret Jesús se aplicó a sí mismo el anuncio profético de Isaías: “El Espíritu me ha ungido y me ha enviado a anunciar la Buena Nueva a los pobres..., anunciar un año de gracia del Señor”. Jesús dice acto seguido: “Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír” (Lc 4,16-30).

La Parábola del Samaritano (Lc 10,16-30) es una llamada seria: “vete y haz tú lo mismo”. Lo que has visto que ha hecho aquel samaritano hazlo tú.

Antes de su Pasión, Jesús nos dio un mandamiento nuevo, que es señal de los cristianos: “Que os améis unos a otros como Yo os he amado” (Jn 13,34).

En fidelidad y coherencia con estas palabras de la Escritura, El Concilio Vaticano II afirma: “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón” (GS 1). Por ello, “la Iglesia abraza a todos los afligidos por la debilidad humana, más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en aliviar sus necesidades, y pretende servir en ellos a Cristo” (LG 8).

A la luz de estas enseñanzas conciliares, la Iglesia quiere:

– Hacerse presente en la historia y en la cultura y culturas del hombre para renovarlas y evangelizarlas desde dentro y no quiere mirar a la gente desde la lejanía, desde la altura, desde el poder.

– Estar cerca de los hombres y mujeres y hacer camino con ellos. En efecto, “el hombre es el primer camino de la Iglesia” (RH 14), especialmente el hombre enfermo, desvalido...

B) El Sacerdote en la Iglesia encarnada en el mundo

En esta Iglesia, el Sacerdote ha de optar por una presencia encarnada, lúcida, profética y sencilla en la historia humana, sin que esta encarnación le lleve a perder su consagración: “Padre, no te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal” (Jn 17,15). La vida sobrenatural de la gracia no nos saca de las preocupaciones del mundo, sino que nos hace estar en medio del mundo sin ser del mundo. La asidua meditación de la Palabra de Dios nos acerca a los demás, a sus problemas y necesidades, y nos da una sensibilidad distinta del puro agente social, en cuanto que el “otro” es querido, es buscado porque es “imagen y semejanza de Dios”. Y el Dios que me habla al corazón en la oración es el mismo Señor que me indica su presencia privilegiada en los más pobres y necesitados.

El Sacerdote hace presente a la Iglesia a través de su inserción en la historia como una Iglesia cercana, acogedora y fraterna, que escucha y dialoga, que hace camino con la gente y está atenta a las necesidades de las personas, que es profética y factor de innovación no de involución.

C) La espiritualidad del sacerdote en línea de inserción-liberación

En coherencia con la parábola del Buen Samaritano (Lc 10,29-37), el contenido de esta espiritualidad se caracteriza por ser escucha, cercanía, compromiso y ayuda fraterna al hombre sufriente. Encarnar el Evangelio en la historia exige la empatía con el hombre y ésta la simpatía.

En coherencia con esta Iglesia, el Sacerdote diocesano convivirá con los hombres como “hermano entre hermanos”, compartirá su historia y sus búsquedas, conocerá a fondo el corazón del hombre, participará de sus esperanzas y sufrimientos y, al mismo tiempo, será contemplativo de Dios.

Esta espiritualidad de inserción pide al Sacerdote:

a) Conocer la realidad y dejar que entre en él, le conmueva y le interpele a fin de “hacerse cargo de ella”, “cargar con ella” y “encargarse de su transformación” (I.Sobrino).

b) Situar en el mundo con un espíritu dialogal y servicial, dispuestos a dar con amor y a recibir con sencillez. Caminemos con el hombre en una actitud de amor, pues si faltara la caridad, todo sería inútil” (NMI 42). Desde este talante hemos de escrutar los signos de los tiempos para que la Iglesia cumpla su misión.

c) Conocer el mundo en que vivimos, sus esperanzas y sus aspiraciones, sus sufrimientos y angustias, sus problemas y conquistas, y escuchar en este mundo la voz de Dios exige de nosotros:

- hacer una lectura creyente de la realidad;
- descubrir el significado profundo que tienen de los acontecimientos para la vida y para el hombre;
- confrontar esta realidad con el Evangelio de Jesucristo para discernir en ella lo que es conforme con el Reino de Dios y lo que no lo es;
- descubrir en la realidad los interrogantes profundos de los hombres y sus respuestas, el sentido que tiene el hoy para el ser humano, intuir el futuro...;
- aportar la salvación de Jesucristo a la humanidad y al mundo...

d) Encarnarse en la realidad concreta y particular, pero siempre abierto a la universalidad.

e) Acercarse al hombre concreto para amarlo y acogerlo desde el Señor haciendo así de su vida y ministerio una realidad pro-existente, es decir, favorable para este mundo concreto en el que vive y para esta humanidad de la que forma parte, siempre desde el Señor.

f) Trabajar por la paz, la justicia, la libertad y la reconciliación, promueve los derechos humanos y defiende la vida humana en todo momento y en cualquier circunstancia en que se encuentre ante tantos ataques de que es objeto en nuestros días.

g) Acoger de manera preferencial a los “diferentes”:

* Los pobres. El Sacerdote ha de estar atento a todos y, de manera peculiar, ha de servir a los desvalidos, a los marginados, a los orillados, a los enfermos, a los pobres. Han de escuchar desde la cercanía y la solidaridad el clamor y el grito de los pobres y de los perseguidos y descubrir en ellos el clamor y el grito de Dios. Han de denunciar las injusticias, las iniquidades de la vida y han de dar respuestas adecuadas a esa realidad conocida.

Juan Pablo II enseña que “esta página –Mt 25,35-36– no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia” (NMI n. 49) ³².

* Los pecadores: Los Sacerdotes han de tener la valentía de ir hacia los pecadores y de dejarse rodear por tantas miserias morales, no para jugar a ser santos o para adquirir cierto prestigio a costa de los demás. Es algo más sencillo y verdadero, se trata de hacer nuestra esta prioridad de Jesús (J.A. Vicente).

* Los humildes: Jesús acoge a los sencillos a quienes les anuncia una buena noticia: Dios les ha revelado los misterios del Reino. Entre los sencillos están los niños, los ignorantes, los enfermos mentales, los disminuidos, los que no cuentan en la vida, los que no tienen nada....Con los pobres, los niños, los pecadores y los Doce echa a andar la comunidad de Jesús que les muestra la gratuidad de la salvación y el amor de gratuidad. Los Sacerdotes han de tener estas mismas prioridades. ¿Cómo hacer de esta prioridad un signo profético para toda la Iglesia y para la sociedad hoy y aquí?

³² La Asamblea Presbiteral de la Diócesis de Coria-Cáceres aprobó esta conclusión: “Un ministerio pastoral verdaderamente evangelizador demanda que los pobres sean evangelizados y que nosotros nos dejemos evangelizar por ellos. Por ello debemos educar y ejercitarnos en la solidaridad y la comunión, acercarnos más a los marginados, vivir sobriamente y ejercitar la libertad evangélica. Creemos que el camino más idóneo para lograrlo es crear y revitalizar las Cáritas a distintos niveles e intensificar sus servicios” (Ponencia: “El ejercicio del ministerio pastoral del sacerdote”, propos. 13).

* Los inmigrantes, los extranjeros, los gitanos...Son las personas que no puede aceptarlos la sociedad sin que ésta cambie. Los sacerdotes han de acoger al diferente, al distinto respetando sus diferencias; han de sintonizar y simpatizar con ellos, han de reconocer su existencia como valiosa para ellos, han de amarlos. Han de ir desmontando poco a poco su reflejo impositivo de etnocentrismo europeo. Han de superar ese instinto de minusvalorar todo lo que no sea suyo. Han de descubrir los dones de Dios en “los otros”. La fe nos ayuda a ver en el diferente a un hermano.

h) Optar por una presencia en este mundo de carácter salvador y liberador, lo cual le exige estar informado por el espíritu de *las bienaventuranzas* de Jesús: pobreza real de espíritu, limpieza de corazón, entrañas de misericordia universal, capacidad de comprensión y perdón, búsqueda de la paz incluso en el seno mismo de la conflictividad real.

III. La espiritualidad del sacerdote desde la ministerialidad

1. Introducción

En nuestra sociedad se privilegian la subjetividad y la autonomía de cada persona, como algo intrínseco a la propia dignidad humana. Es verdad que este valor en sí mismo considerado es una realidad positiva. Ahora bien, cuando es absolutizado y exigido fuera de su justo contexto, adquiere un valor negativo.

La cultura actual tiende a privatizar la fe y el Cristianismo como si fueran cuestiones que afectaran solo a la conciencia personal. Además, no pocos carecen de valores, no siendo capaces de dar un sentido pleno, positivo y liberador a sus vidas, a su trabajo, al amor.

Los Presbíteros constatamos “la diferencia que existe entre la oferta que hacemos (fe, sacramentos de la fe) y la demanda por parte de muchos: ritos con carácter convencional o social. De ahí surge en numerosos presbíteros una pregunta preocupante que, a veces, hasta tememos hacernos por verse afectada en ella nuestra misma identidad de evangelizadores y el sentido de nuestra misma vida: ¿estoy sirviendo al Evangelio o soy más bien el mantenedor de unos convencionalismos sociales albergados toda-

vía por inercia y tradición en los ritos religiosos a falta de iniciativas de recambio por parte de la sociedad secular?”³³.

2. Los Sacerdotes, signos de Cristo, el Buen Pastor

2.1. *Jesús, el Buen Pastor*

Jesús es el Buen Pastor (Jn 10,11) y obra como Buen Pastor: conoce a sus ovejas, las llama por su nombre, las conduce a los pastos frescos y a las aguas tranquilas, prepara una mesa para ellas, alimentándolas con su propia vida y da su vida por ellas. Busca las dispersas y descarriadas, hace fiesta al encontrarlas, las recoge y las defiende, congrega a todas en un solo rebaño bajo su cayado de amor. Pedro llama a Jesús el “supremo Pastor” (IPed.5,4) porque su obra y misión continúan en la Iglesia a través de los apóstoles y sus sucesores, y a través de los presbíteros.

2.2. *Los Sacerdotes signos del Jesucristo, el Buen Pastor*

Juan Pablo II ha optado por la imagen-símbolo del “pastor” como la más adecuada para describir la identidad del Presbítero (cf. PDV 13-15; 21-22), y ha elegido fórmulas existenciales que describen la esencia del ministerio presbiteral como “pastoreo”, “servicio pastoral”, “ministerio de pastor”. Esta elección no excluye otras expresiones más clásicas como “sacramento”, “instrumento vivo”, “representación sacramental”, “configuración-conformación”, “actuar en el nombre y en la persona de Cristo” (cf. PDV 15;18; 25).

La configuración específica del Presbítero con los rasgos de Jesucristo, Buen Pastor, tiene lugar en el presbítero en virtud de la gracia sacramental de la ordenación. Es una especial presencia salvífica de Cristo que garantiza la eficacia salvadora del ministerio del sacerdote. “En virtud de su consagración, los presbíteros están configurados con Jesús, buen Pastor y llamados a imitar y revivir su misma caridad pastoral” (PDV 22), que es la “virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero en cuanto configurado con Cristo Cabeza y Pastor” (PDV 23). “Los presbí-

³³ Mons. Ciriaco Banavente: “Discurso de apertura de la Asamblea Presbiteral de la Diócesis de Coria-Cáceres”, n. 4).

teros son llamados a prolongar la presencia de Cristo, único y supremo Pastor, siguiendo su estilo de vida, y siendo como una transparencia suya en medio del rebaño que les ha sido confiado” (PDV 15).

Consecuencias:

Juan Pablo II afirma que “la vida espiritual del sacerdote queda caracterizada, plasmada y definida por aquellas actitudes y comportamientos que son propios de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia y que se compendian en su caridad pastoral” (n.21) que es la virtud más importante y característica de la espiritualidad del sacerdote y que convierte el ministerio del Presbítero en “*oficio de amor*” hacia Dios, Cristo, la Iglesia y los hermanos: “somos vuestros pastores, con vosotros somos apacentados; el Señor nos dé la fuerza de amaros hasta el punto de poder morir real o afectivamente por vosotros” (S. Agustín).

La vida del Pastor resulta conflictiva y desconcertante. Puesto que busca lo perdido, su existencia no está integrada en ninguna parte; es un peregrino hacia la exclusión y la marginación. Puesto que llama a cada uno para que abandone el lugar donde se instaló, suscita la reacción airada de los usurpadores; su llamada a la libertad es una amenaza y debe ser eliminado. El conflicto es a muerte, pues el pastor no cesa de buscar a las ovejas por todas partes y las invita a salir a dilatados caminos de libertad (A. Bravo). El Pastor no se conforma ni se limita a liberar a las ovejas, sino que quiere reunir a los dispersos en un nuevo rebaño.

El sacerdote no debe equipararse al funcionario, que espera le soliciten unos servicio. En este sentido, el párroco “como pastor propio se esfuerza en conocer a los fieles confiados a su cura, evitando caer en el peligro del funcionalismo: no es un funcionario que cumple un papel y ofrece servicios a los que lo solicitan. Como hombre de Dios, ejerce de modo pleno el propio ministerio, buscando a los fieles, visitando a las familias, participando en sus necesidades, en sus alegrías; corrige con prudencia, cuida de los ancianos, de los débiles, de los abandonados, de los enfermos, y se entrega a los moribundos; dedica particular atención a los pobres y a los afligidos; se esfuerza en la conversión de los pecados, de cuantos están en el error, y ayuda a cada uno a cumplir con su propio deber, fomentando el crecimiento de la vida cristiana en las familias.

Siguiendo el camino trazado por el Buen Pastor, ha de salir y recorrer los caminos en busca de la oveja perdida. Sería un mal pastor si se limitase a servir a las ovejas para “ganar su vida” o realizarse socialmente en el mundo. Quien acepta la vocación de ser pastor del Pueblo de Dios, no puede limitarse a cuidar de las que están reunidas, sino que ha de llamar a las que faltan.

Los sacerdotes que necesita la Iglesia en nuestros días deben ser, ante todo, “pastores” que han de mostrar una triple adhesión: a Jesucristo, a la Comunidad eclesial que les ha sido confiada y al Obispo que preside la Iglesia en ese lugar y, a la vez, la inscribe en la comunión con todas las demás Iglesias. Los párrocos, como pastores, tienen el oficio de la cura pastoral o cura de almas, que se manifiesta principalmente en la predicación de la Palabra de Dios, en la administración de los sacramentos y en la guía pastoral de la comunidad (ChD 30).

El deber del pastor no se limita al cuidado particular de los fieles, sino que se extiende propiamente también a la formación de la auténtica comunidad cristiana (PO 6). Fomentemos esta dimensión para superar la tendencia al individualismo, a la inhibición, a la falta de conciencia eclesial...

3. El ministerio pastoral y la espiritualidad del Sacerdote

La santificación del Presbítero se nutre no sólo de la configuración personal con Jesucristo Cabeza y Pastor de la Iglesia que ha producido el sacramento del Orden, sino también del ejercicio del ministerio en su triple función: la Palabra, los Sacramentos y la Guía del Pueblo de Dios (cf. PO 13).

Hablamos de un ministerio que tiene virtualidad para engendrar, postular y configurar la espiritualidad de los presbíteros.

3.1. *La acción pastoral y la espiritualidad del Sacerdote*

El ministerio es para el Sacerdote la fuente principal de su espiritualidad, no sólo porque a través de ella evangelizamos a los demás, sino también porque a través de ella somos nosotros evangelizados (cf. PO 12, 13, 14).

Nos referimos a un ministerio que se caracteriza por estos rasgos:

- Actualiza el servicio de Cristo Pastor y Cabeza de la Iglesia.
- Es realizado en nombre de la Iglesia.
- Es concreción de la misión al mundo.
- Es “carisma de totalidad” ya que asume y marca toda la persona y la vida del presbítero.

“Ministerio y vida espiritual implican una reciprocidad de influjos gracias a los cuales el correcto ejercicio del ministerio pastoral llega a ser el camino seguro que lleva a los presbíteros a la santidad, mientras la santidad de esos mismos presbíteros influye positivamente sobre su actividad apostólica. Eso se debe a que “la consagración es para la misión”. De esta manera no sólo la consagración de los presbíteros, “sino también la misión está bajo el signo del Espíritu, bajo su influjo santificador” (PDV 24) (A. Favalle).

Inspirándonos en las indicaciones de Mons. J. M. Uriarte ³⁴, afirmamos lo siguiente:

El ejercicio del ministerio *postula* la espiritualidad del Presbítero ya que “aunque la gracia de Dios puede realizar la obra de la salvación también por medio de ministros indignos, sin embargo, Dios prefiere, por ley ordinaria, manifestar sus maravillas por medio de quienes...pueden decir con el Apóstol: “ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí” (Gál 2,20) (PO 12). “La espiritualidad del sacerdote y del Obispo encuentra alimento no cerca de su ministerio, tampoco pese a su ministerio, sino exactamente en su ministerio” (Erio Castellucci).

El ejercicio del ministerio *alimenta* la espiritualidad del Presbítero ya que “los sacerdotes ejerciendo el ministerio del Espíritu y de la justicia, se fortalecen en la vida del Espíritu, con tal que sean dóciles al Espíritu de Cristo, que los vivifica y conduce” (PO 12).

El ejercicio del ministerio *configura* la espiritualidad del Presbítero con unos rasgos peculiares: la contemplación, la inserción en el mundo, el universalismo, la experiencia pascual, el amor efectivo y afectivo a la Iglesia y a la humanidad.

³⁴ Mons. J. M. Uriarte: “*Espiritualidad sacerdotal y ministerio*”.

3.2. *El ejercicio de las funciones pastorales santifica al Presbítero*

El ministerio único e indivisible del Presbítero se explicita en tres funciones mutuamente implicadas: empieza por el anuncio de la Palabra de Dios, halla su momento más intenso en la celebración de la Eucaristía y continúa con la guía pastoral del pueblo de Dios, en todas sus formas.

El Concilio Vaticano II puso de relieve la íntima relación existente entre la espiritualidad –vida “en el Espíritu”– de los Presbíteros y las condiciones y exigencias de cada una de las funciones ministeriales (cf. PO 4-6: 12-13). Esta relación ha sido desarrollada posteriormente por Juan Pablo II en su Exhortación Apostólica: “Pastores dabo vobis” (cf. n.26) y por el “Directorio para el ministerio y la vida de los Presbíteros” (cf. nn.45-56).

El Presbítero ha de realizar los ministerios en el Espíritu de Cristo (PO 13), lo cual equivale a vivirlos en sintonía con la caridad del Buen Pastor. Además, ha de adquirir la perfección de vida en virtud de las mismas acciones sagradas (PO 12) que realiza cada día. Todas las acciones ministeriales son fuente de santificación para el sacerdote (PO 14).

Desentrañamos cada una de las funciones ministeriales y ponemos de relieve cómo el Presbítero no sólo construye la comunidad sino también se santifica.

A) Al servicio de la Palabra de Dios que edifica la Comunidad (cf. PO 4; 13)

“Sin la presencia y la acción del Espíritu Santo, que actúa en los ministerios que anuncian y explican la Palabra de Dios y en los oyentes que la escuchan y la acogen, esta función no pasaría de ser un acto de mera comunicación humana o de retórica” (Mons. Julián López). Por eso la Plegaria de ordenación de los Presbíteros pide para que los que son ordenados: “que por su predicación, y con la gracia del Espíritu Santo, la palabra del Evangelio dé fruto en el corazón de los hombres, y llegue hasta los confines del orbe”.

La realización del ministerio de la Predicación evangélica (cf. 2Cor 3,8) exige del ministro que esté íntimamente unido a Cristo Maestro y que sea dócil y obediente al Espíritu (cf. PO 13). Esto será realidad si el que predica procura primero recibirla en el corazón, antes de comunicarla y entregarla a los demás (cf. DV 25).

El Presbítero, como evangelizador cualificado, proclama la Palabra de Dios, de la que es servidor, en comunión con el Obispo y el Papa. El sacerdote es ministro de la palabra evangelizadora que invita a todos a la conversión y a la santidad; es ministro de la palabra cultural, que ensalza la grandeza de Dios y da gracias por su misericordia; es ministro de la palabra sacramental, que es fuente eficaz de gracia. Según esta múltiple modalidad, el sacerdote, con la fuerza del Paráclito, prolonga la enseñanza del divino Maestro en el interior de su Iglesia ³⁵.

El Presbítero proclama e interpreta con autoridad apostólica la Palabra de Dios, en nombre de Jesucristo y en nombre de la Iglesia. “Sean honrados colaboradores del orden de los Obispos, para que por su predicación, y con la gracia del Espíritu Santo, la palabra del Evangelio dé fruto en el corazón de los hombres y llegue hasta los confines del orbe” (Plegaria de ordenación de los Presbíteros).

El servicio de la Palabra de Dios pide al presbítero que se deje evangelizar antes de evangelizar (cf. EN 15; PDV 26); que escuche a Dios antes de hablar de Él; que tenga una gran familiaridad con la Palabra y que se deje construir por ella. De este modo no anunciará su sabiduría, sino la Sabiduría de Dios ³⁶. El servicio del Sacerdote a la Palabra de Dios es el estudio y contemplación de la Escritura Santa leída e interpretada en la tradición viva de la Iglesia. Este estudio es un deber que forma parte de su ministerio y nutre su vida espiritual.

El Presbítero ha de estar atento a los “signos de Dios en la historia” y ha de dejarse provocar por los interrogantes de la gente. Esto le exige un estudio permanente.

El anuncio del Evangelio en nuestros días ha de ser preparado por una estrategia articulada en torno a estos tres vectores: redefinición de la racionalidad, recuperación de la cuestión de sentido y redescubrimiento de la significatividad de Dios (J. L. Ruiz de la Peña).

El Presbítero anuncia el Evangelio en la civilización de los “Medios de Comunicación Social” y en una época en la que se ha producido “una

³⁵ Congregación .del Clero: “*El Presbítero, Pastor y Guía de la Comunidad Parroquial*”, n. 9.

³⁶ Congregación para el Clero: “La nueva evangelización pide un ardiente ministerio de la Palabra, integral y bien fundado, con un claro contenido teológico, espiritual, litúrgico y moral, atento a satisfacer las concretas necesidades de los hombres” (“El Presbítero, maestro de la palabra...”; cap.II, n.2).

crisis de la palabra”. Ha de buscar, por tanto, un nuevo sistema de comunicación de la fe. Para que el lenguaje sea comunicación actual, es necesario que goce de dos características: el ser entendido por los destinatarios y el que sea capaz de trascender la inmanencia para ser en definitiva palabra de Dios dirigida al hombre y al mundo. Ambas características se necesitan y tienen que ser cualidades del Presbítero: una forma de hablar y de ser comprensibles para un mundo y una referencia última a Dios que en ella se muestra (J. Ramos Guerreira).

Por otra parte, el anuncio del Evangelio ha de hacerse en los nuevos foros: los Medios de comunicación social, los derechos humanos, la salvaguardia de la creación, la cultura y la investigación científica, las relaciones internacionales, la promoción de la mujer y del niño, la paz y la justicia...El Presbítero ha de ayudar, formar y acompañar a los cristianos laicos a hacerse presentes desde el Señor y el Evangelio en la secularidad, “lugar peculiar del laico”.

* Este ministerio santifica al Presbítero (cf. PDV 26). La Palabra de Dios, que tiene una “eficacia cuasi-sacramental”, proclamada con amor y acogida en la fe, santificará al Presbítero que es su servidor. Se requiere por parte del Presbítero que realice lo que se le dijo en su ordenación: “imitad lo que tratáis”, que escuche con veneración la Palabra de Dios proclamada y que consienta en que esta Palabra lo moldee y lo guíe siempre.

B) Al servicio de una Comunidad “asidua a la fracción del pan y de los sacramentos”

“La presidencia de la Eucaristía es el momento supremo del ministerio y la realización más profunda de la unidad entre ministerio y vida: ésta es una afirmación concorde del Magisterio conciliar y posconciliar (cf. PDV 26) porque en la Eucaristía “está encerrado todo el bien espiritual de la Iglesia” (PO 5) y porque el sacerdote está llamado para hacerse víctima con Cristo... La Eucaristía es la cumbre del ministerio sacerdotal porque es la cumbre de la comunidad cristiana, que el sacerdote preside” ³⁷.

³⁷ Erio Castellucci: “*La formación espiritual del Sacerdote*” en “*La formación del sacerdote del tercer milenio*”, p. 143.

El ministerio de la santificación y del culto que se ejerce en la celebración de la Eucaristía, de los sacramentos y sacramentales y en la Liturgia de las Horas, depende de una manera aun más patente de la presencia y de la acción del Espíritu Santo en la liturgia y, de manera especial, en la persona del ministro. Ese es el significado de la “invocación al Padre para que envíe el Espíritu Santo con su poder transformador sobre las ofensas en el caso de la Eucaristía, y sobre los otros elementos sacramentales y, naturalmente, sobre quienes van a recibir los sacramentos.

La Eucaristía es “la principal manifestación de la Iglesia” (SC 41) de manera que para comprender justamente qué es la Iglesia Local, –Diócesis, Parroquias–, en la que se hace presente la única Iglesia de Cristo, debemos acudir al misterio de la Eucaristía, por la que “vive y crece la Iglesia” (cf. Instruc. “Eucharisticum Mysterium” (15-VIII-1967; n.7).

“Si la Eucaristía es centro y cumbre de la vida de la Iglesia, también lo es del ministerio sacerdotal” (Juan Pablo II: “Ecclesia de Eucharistía”, 31). Por eso...reitero que la Eucaristía “es la principal y central razón del ser del sacramento del sacerdocio, nacido efectivamente en el momento de la institución de la Eucaristía y a la vez que ella”³⁸. La importancia que la Eucaristía tiene en la vida de todo sacerdote debe llevarnos al compromiso de celebrarla diariamente, aun cuando no estuviere presente ningún fiel (cf. CIC cn.904), y a vivirla como momento central de la jornada y como la ocasión de un profundo encuentro con el Señor.

El Sacerdote ha de recuperar la centralidad de la Eucaristía en su vida, en su ministerio y en su espiritualidad, y desde ella ha de vivir con una entrega más intensa su ministerio y ha de llevar una “existencia eucaristizada” que se caracteriza por el servicio, la entrega, la inmolación, la acción de gracias, la esperanza, la adoración, la unidad. Esta centralidad de la Eucaristía se manifiesta también en el culto y en la devoción eucarística fuera de la Misa según las indicaciones del Magisterio de la Iglesia (cf. PDV 48).

El Sacerdote es en la Eucaristía sacramento de Cristo mediador, signo e instrumento por medio del que el mismo Cristo hace actual y eficaz su mediación entre los hombres y el Padre. El Sacerdote habla y actúa “en persona de Cristo”. “La facultad de representar a Cristo en medio de los fieles nos pide que nos esforcemos en “conformar la vida con el mis-

³⁸ Juan Pablo II: “Carta Apostólica: “Dominicae Cenae” (24-II-1980).

terio de la cruz del Señor". El misterio de la cruz requiere no sólo una identificación con la actitud de servicio y de entrega generosa de Cristo que nos "amó hasta el extremo" de morir por nosotros en la cruz (Jn 13,1; cf. Jn 15,12-15), sino también el compromiso constante de perfeccionar la gracia bautismal muriendo cada día al pecado para vivir en la novedad de la resurrección" (Mons. J. López). Hagamos nuestra y vivamos esta exhortación de la Iglesia: "Date cuenta de lo que haces e imita lo que conmemoras, de tal manera que al celebrar el misterio de la muerte y resurrección del Señor, te esfuerces por hacer morir en ti el mal y procures caminar en una vida nueva" ³⁹. Ya que el Sacerdote actúa "en la persona de Cristo", ha de dejarse asumir en ese acto sacerdotal de Cristo en el que se da tan estrecha unidad entre sacerdote y víctima" (L. F. Mateo-Seco).

La Eucaristía pone en el centro de la espiritualidad del Sacerdote la ofrenda existencial de Cristo, actuada en la Última Cena y llevada a cabo en el Calvario y le pide al Sacerdote que se deje envolver personalmente en el dinamismo de esta ofrenda ⁴⁰. La expresión más clara de esta identificación con Cristo a través de la Eucaristía es la caridad pastoral por la que el sacerdote se entrega a la Iglesia, y que determina su modo de pensar y de actuar, su ministerio y su conducta (cf. PO 5; PDV 23).

El Sacerdote está llamado a sintonizar con Cristo en su autoentrega y ofrenda sacrificial, a reproducir en su vida los rasgos del servidor de Yahvé. En la entrega de la patena y el cáliz, el Obispo dice al ordenado: "recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor".

Las actividades pastorales del presbítero son múltiples. Pensando además en las condiciones sociales y culturales del mundo actual, es fácil entender lo sometido que está al peligro de la dispersión por el gran número de tareas diferentes que debe realizar. El Concilio Vaticano II había afirmado que la caridad pastoral daba unidad a la vida y a las actividades variadas del Presbítero. Este Concilio enseña que la caridad pastoral "brota, sobre todo, del sacrificio eucarístico que, por eso, es el centro y la raíz de toda la vida del presbítero" (PO 14).

³⁹ Pontifical romano...Homilía en la ordenación de presbíteros.

⁴⁰ Prefacio de la Misa Crismal: "Tus sacerdotes, Señor, al entregar su vida por ti y por la salvación de los hermanos, van configurándose a Cristo, y han de darte así testimonio constante de fidelidad y de amor".

En esta misma línea de reflexión, el Santo Padre Juan Pablo II manifiesta que “el sacerdote será capaz de sobreponerse cada día a toda tensión dispersiva, encontrando en el Sacrificio eucarístico, verdadero centro de su vida y de su ministerio, la energía espiritual necesaria para afrontar los diversos quehaceres pastorales. Cada jornada será así verdaderamente eucarística”⁴¹. Y prosigue el Santo Padre diciendo: “se entiende, pues, lo importante que es para la vida espiritual del sacerdote, como para el bien de la Iglesia y del mundo, que ponga en práctica la recomendación conciliar de celebrar cotidianamente la Eucaristía”⁴², como ya hemos referido más arriba.

* Este ministerio santifica al Sacerdote. “Los Presbíteros son invitados a imitar lo que administran en cuanto que, celebrando el misterio de la muerte del Señor, procuran mortificar sus miembros de vicios y concupiscencias” (PO 13). La Eucaristía santifica al Sacerdote; para ello es necesario que el sacerdote se prepare debidamente antes de la celebración; presida como servidor, no como dueño de la celebración; haga posible y mantenga un clima espiritual; ponga especial empeño en la dimensión evangelizadora de la Eucaristía; promueva la participación adecuada de los fieles. Tengamos presente también la espiritualidad eucarística que es ese conjunto de actitudes espirituales y morales que brotan de la participación consciente, plena y fructuosa en la Eucaristía: reconocimiento de la presencia de Cristo, adoración del Señor, entrega al Señor y a los demás, generosidad, alabanza al Señor, acción de gracias...⁴³.

C) Al servicio de la comunión y del gobierno de la Comunidad

“El Presbítero, al regir y apacentar al pueblo de Dios, se siente movido por la caridad del Buen Pastor a dar su vida por sus ovejas” (PO 13).

⁴¹ Juan Pablo II: “Ecclesia de Eucharistia”, n. 31

⁴² Juan Pablo II: “Ecclesia de Eucharistia”, n.31.

⁴³ Mons. Julián López escribe: “El Sacerdote, en la celebración de los sacramentos y en la Liturgia de las Horas, está llamado a vivir la gracia que él mismo ofrece a los fieles en el ejercicio de su ministerio. Especialmente en el Sacrificio de la Misa, al mismo tiempo que enseña a los demás a ofrecer al Padre la Víctima eucarística y a asociarse a esta ofrenda, el Presbítero debe unirse a con la acción de Cristo Sacerdote “en cuya persona actúa” (“Espiritualidad litúrgica y sacramental”, en “La formación del sacerdote del tercer milenio”, p. 257).

El presbítero no sólo convoca con la Palabra y congrega con los sacramentos, sino también conduce y guía a la comunidad. El Presbítero, en comunión con el Obispo, prolonga la acción salvadora de Cristo y preside y guía la Comunidad.

El Presbítero realiza esta función pastoral edificando la comunidad cristiana por la caridad pastoral, el ejemplo personal y la solidaridad especialmente por los más pobres y por los más débiles. Rigiendo y apacientando la porción de los fieles que le ha sido confiada, todo sacerdote ha de hacer suya la actitud del Buen Pastor dispuesto a entregar su vida por las ovejas (cf. Jn 10,11). En esta acción también se requiere la presencia y la acción del Espíritu Santo que hace que todos los dones converjan en la unidad y sean para la edificación de la Iglesia (cf. Ef 4,7-12).

Este ministerio del Presbítero incluye la acogida de los carismas, el discernimiento de los mismos y su coordinación de modo que contribuyan todos a común utilidad, a la unidad y a la edificación de la Iglesia. Se trata, por tanto, de “la capacidad de coordinar todos los dones y carismas que el Espíritu Santo suscita en la comunidad, verificándolos y valorándolos para la edificación de la Iglesia”.

Además, el Sacerdote ha de procurar que se realice la “comunión en la misma fe, en los sacramentos, en el compartir los bienes, en la misión bajo la guía y dirección de los que Dios ha puesto al frente de su pueblo”.

En este ministerio de dirección va incluido el ejercicio de la autoridad que exige humildad y sencillez.

Ha de realizar esta tarea desde las claves del servicio gratuito y amoroso, despojándose de todo afán posesivo y aislacionista y haciendo de su vida una pro-existencia hasta la muerte, como el Señor (cf. PDV 26). Por todo ello, el Presbítero debe “hacer suya la actitud existencial de servicio, que fue la de Jesús durante toda su vida; hacer con Él la opción por los más pobres, insignificantes y despreciados de este mundo; compartir con Cristo su solidaridad con los pecadores, hasta el extremo de cargar con el pecado del mundo; comprometerse con Él en la lucha contra la injusticia, el mal y el pecado para transformar el mundo; aceptar una muerte al poder, a la gloria y al dinero de este mundo” (I. Oñatibia).

* Este ministerio es fuente de santificación para el presbítero, ya que la acción santificadora de Cristo se hace presente y se comunica por medio del Presbítero y, por tanto, también le alcanza a él; sólo hace falta que abra su corazón a esa gracia santificadora.

Juan Pablo II describe la espiritualidad de esta función pastoral con estas palabras: “se trata de un ministerio que pide al sacerdote una vida espiritual intensa, rica de aquellas cualidades y virtudes que son típicas de la persona que ‘preside’ y ‘guía’ una comunidad: del ‘anciano’ en el sentido más noble de la palabra. En él se esperan ver virtudes como la fidelidad, la coherencia, la sabiduría, la acogida de todos, la afabilidad, la firmeza doctrinal en las cosas esenciales, la libertad sobre los puntos de vista subjetivos, el desprendimiento personal, la paciencia, el gusto por el esfuerzo diario, la confianza en la acción escondida de la gracia que se manifiesta en los sencillos y en los pobres (cf. Tit 1,7-8)” (PDV 26).

4. El ejercicio del ministerio y la santificación del Sacerdote

4.1. *El ejercicio del Ministerio que santifica al Sacerdote*

No es concebible una vida espiritual de los Presbíteros separada de su ministerio, así como no es concebible un ministerio pastoral que no implique la espiritualidad presbiteral. En efecto, los presbíteros se santifican a través y por medio del ejercicio de su ministerio animado por la caridad pastoral.

Nuestro ministerio pastoral nos santificará:

- Si lo acogemos y vivimos como un don inmerecido y gratuito que Dios nos ha regalado.
- Si lo realizamos inspirándonos en el ejemplo de Cristo que tuvo como norma de vida el cumplimiento de la voluntad del Padre y como criterio de su misión la total entrega del servicio de los hombres en las cosas que se refieren a Dios (PO 14).
- Si entregamos nuestra vida por el rebaño que nos ha sido confiado, y optamos por la encarnación, la inserción, el amor, la ayuda, y no por la imposición, el dominio, como forma de estar y trabajar a favor de los demás.
- Si percibimos y acogemos las “semillas del Verbo” que están sembradas por el Espíritu en el hombre y en la mujer, en las culturas... Esto produce en el sacerdote el gozo de ver cómo la acción salvadora de Dios se va realizando en los pliegues de la historia del mundo y en lo más profundo del corazón del hombre y de la mujer.

– Si cambiamos de actitud ante los demás: valorando al que es diferente y lo que es distinto y dejándonos enriquecer por ellos. Hemos de cultivar la longanimidad, es decir, la capacidad de comprender desde el Señor a los otros, a las cosas, al mundo, a los fieles más fervorosos, a los cercanos y a los lejanos.

– Si tenemos paz que es uno de los signos, en virtud de los cuales puedo reconocer que el ministerio pastoral es fuente de santificación para mí. ¿En mi vida crece la amargura, o crece la paz?, ¿crece el nerviosismo o crece la serenidad interior?, ¿crece la ansiedad o la tranquilidad del corazón?

– Si en nuestro corazón anidan la humildad, la compasión, la generosidad, el desprendimiento. Se trata de virtudes necesarias para que el ejercicio del ministerio pastoral sea fuente de espiritualidad ⁴⁴.

Por eso, no hay automatismo entre ejercicio del ministerio y santificación del Presbítero ya que la gracia requiere el consentimiento de la libertad del Presbítero y actúa a través de este consentimiento que solicite sin sustituirlo.

La Caridad Pastoral nos ayuda también a no caer en el “profesionalismo” ni el “funcionalismo” ni en el “funcionariado”. En este sentido, frente a la tentación de la rutina y de la superficialidad, del cumplimiento externo de las obligaciones, la caridad pastoral nos hace ver en cada una de las personas que acuden a nosotros un hijo único del amor de Dios Padre, que requiere todo nuestro tiempo y esmero, y nos mueve a tratar a todos con afecto fraterno.

4.2. El ejercicio del ministerio que no santifica al Sacerdote

Un servicio sin amor, distante, frío, sin darse en él los matices de bondad, fraternidad que debe tener la caridad pastoral (PDV 18), sin sentirse un hermano entre hermanos (PDV 74).

Un servicio triste, rutinario, sin ilusión y creatividad, privado del aliento de la esperanza. La pasividad deja las cosas como están; la rutina hace las cosas sin vida y sin entusiasmo; el inmovilismo muestra la resistencia a cambiar y renovarse; la desesperanza implica darse por vencidos ante las dificultades...

⁴⁴ Card. C. M. Martini: “*El ejercicio del ministerio, fuente de espiritualidad sacerdotal*”, en “*Espiritualidad sacerdotal*. Congreso. Com.Episcopal del Clero.

Un servicio donde está ausente ese “creciente y apasionado amor al hombre” que debe darse en el pastor (PDV 72).

Un servicio en el que el afán de protagonismo aparece siempre en primer plano olvidando que el ministerio pastoral debe ser un servicio humilde como el de Jesús (PDV 49), viviendo “en humildad ante el misterio de Dios” (PDV 27), del cual somos custodios y portadores (PDV 72).

Un servicio que “hace acepción de personas” y no atiende a todos por igual ni dialoga con todos por igual, ni nos hace capaces de encontrar a todos.

Un servicio que rehúye aquellas tareas que no son gratificantes o son más difíciles, esquivando así el peso de la fatiga que conlleva no pocas veces una pastoral auténtica (PDV 30).

Un servicio ejercido con talante dominador y posesivo sobre tareas, ámbitos y, lo que es mucho peor, sobre personas (PDV 59).

“Continuamente pasa por nuestras manos la gracia del ministerio, sin que a veces nos detengamos a beberla y, por eso, caemos en la rutina y la superficialidad y corremos el peligro de convertirnos en simples funcionarios de lo sagrado”.

4.3. Factores humanos que facilitan un ejercicio gozoso del ministerio pastoral

Existen una serie de condiciones personales y estructurales que influyen de manera decisiva para que la dedicación a las tareas ministeriales se produzca de manera grata y estimulante para el presbítero. La Comisión Episcopal del Clero ha publicado varios estudios sobre la formación integral de los Sacerdotes siguiendo las indicaciones de “Pastores dabo vobis”. Las recomendamos desde estas páginas. Por nuestra parte, nos inspiramos en ellas.

Entre estos factores humanos, destacamos los siguientes:

a) *La salud integral de los sacerdotes.* Cada Sacerdote ha de preocuparse y cuidar su salud física. Evitemos el abandono, la desidia, la pereza. La misma Diócesis ha de estar atenta a las necesidades de los Presbíteros. Cuidemos también la salud psicológica que incluye madurez, equilibrio de juicio y de comportamiento, libertad interior, sentido de la responsabilidad, capacidad de relación...

b) *La afectividad madura.* Esta afectividad madura nace del convencimiento del puesto central del amor como fuerza personal y englobante en la existencia humana y cristiana. Desde esta perspectiva adquieren todo su valor el cuerpo y la sexualidad, la virtud de la castidad y el mismo celibato abrazado por el Reino de los cielos (cf. Mt 19,10-12), siguiendo el ejemplo de Jesús.

Esta afectividad es favorecida por el cultivo de toda relación positiva y de amistad sincera, de diálogo y de colaboración sobre todo con los hermanos del Presbiterio y con cualquier persona en el ámbito pastoral (cf. PO 16; PDV 44). El acompañamiento personal y el apoyo, la familia y la vida en común son ayuda para el Presbítero.

c) *La autoestima de uno mismo sin engreimiento.* El reconocimiento de uno mismo, de sus cualidades, de lo que es, de lo que tiene y de lo que hace, del lugar que ocupa...es bueno para responder de manera efectiva a las dificultades que se presentan en la propia vida, en las relaciones con los demás, en el desempeño de las funciones pastorales... Esta autoestima ayuda a buscar soluciones a los problemas, a ser benevolentes y respetuosos con los demás y a respetarnos a nosotros mismos.

d) *El trabajo pastoral adecuado.* Es preciso que cada sacerdote tenga y realice un trabajo pastoral adecuado y proporcionado a su edad, a sus fuerzas, a su formación, a su salud, a sus circunstancias..

e) *La retribución conveniente, la asistencia social, la vivienda digna.* Estos factores también contribuyen positivamente a que el Presbítero realice de forma adecuada y gozosa su ministerio pastoral.

f) *La gratuidad y la pobreza* libremente aceptadas por el Presbítero pueden ayudarle a realizar su ministerio de forma adecuada.

CAPÍTULO SÉPTIMO: LA CARIDAD PASTORAL, FORMA Y CONTENIDO DEL MINISTERIO PASTORAL

1. Introducción:

1.1. ¿Por qué abordamos aquí el tema de la Caridad Pastoral?

Abordamos aquí el tema de la “caridad pastoral” porque es “la forma del Ministerio pastoral del Presbítero”. Un Sacerdote podría anunciar la Palabra de Dios, celebrar los sacramentos y guiar a la comunidad de manera formalista, sin convicción, incluso dando un contra-testimonio. Ahora bien, no es suficiente “cumplir” con estos tres ministerios, sino que hay que ver “cómo” un sacerdote los cumple y realiza.

El Concilio Vaticano II se preguntó acerca del “cómo” debe ser realizado el ministerio pastoral por parte del Sacerdote y respondió de la siguiente manera: el ministerio pastoral debe ser realizado “con la caridad pastoral”. El Concilio Vaticano II presenta la caridad pastoral como el elemento formal de la espiritualidad del sacerdote: “representando al buen Pastor en el mismo ejercicio de la caridad pastoral encontrará el vínculo de perfección sacerdotal” (PO 14).

Teniendo en cuenta que el alma del ministerio pastoral es la “caridad pastoral”, hemos de afirmar que un ministerio realizado sin comunión con el Obispo, el presbiterio diocesano y la Iglesia local, no tendría “alma”.

1.2. Centralidad de la Caridad Pastoral en la espiritualidad del Presbítero

Hemos descubierto que toda la persona y vida del Presbítero está implicada en el ejercicio del ministerio pastoral y hemos puesto de relieve distintos rasgos de su espiritualidad específica, que realizará la unidad de vida y actividad” (PO 14; cf. PDV nn.23 y 27).

Todos estos rasgos no forman un conglomerado de cosas inconexas entre sí, sino que son como “piezas de un mosaico” que se organizan entre sí para constituir un “rostro espiritual con perfil propio”.

Demos un paso más y preguntémonos: ¿cuál es la realidad sacerdotal que da unidad y coherencia a todos estos rasgos para formar la imagen auténtica de la identidad y de la espiritualidad del Sacerdote diocesano secular?

La respuesta a este interrogante es clara: la caridad pastoral y las obras que la realizan. En efecto, los diversos componentes de la espiritualidad del Presbítero se han de organizar armónicamente en torno al eje unificante de la caridad pastoral: unidad entre ministerio y vida, entre el ser y el hacer, entre interioridad y exterioridad. Así el pastor presbítero dará cuerpo en sus entrañas a las entrañas del Cristo Pastor. Así se evita la más grave patología del ministerio: el funcionarismo. Esto significa que en la vida espiritual del Presbítero todo debe estar ordenado a la mejor vivencia y ejercicio de la Caridad Pastoral. En consecuencia, todo está coloreado, es decir, modificado por la caridad pastoral, como expondremos más adelante.

Debemos, por tanto, desentrañar el contenido de la Caridad Pastoral.

2. Naturaleza de la Caridad Pastoral

2.1. *¿Qué es la Caridad Pastoral?*

“La caridad pastoral, unida al “carisma” otorgado por el sacramento del Orden, es una gracia, o sea, un “don creado” del Espíritu que origina una real, interpersonal y sacramental relación del presbítero con Cristo, Buen Pastor, y por medio de Él lo introduce en la intimidad trinitaria. Esta gracia tiene un distintivo propio, el de ser “pastoral”. Se trata de una gracia transmitida a los presbíteros para hacerlos capaces de ejercer un específico servicio o ministerio al Pueblo de Dios. Del ejercicio de este ministerio depende la santificación del mismo presbítero en cuanto toda su existencia está indeleblemente marcada por su relación con Cristo y con los hombres”¹.

La Caridad Pastoral no es algo yuxtapuesto al cumplimiento de la voluntad de Dios, sino que es la encarnación de esa voluntad divina. El Sacerdote cumple la voluntad de Dios realizando la caridad pastoral. La misión parte de las entrañas del Padre y el Espíritu que es el aliento con el que el Padre alentó a su Hijo Jesús y éste se lo alienta a sus discípulos.

¹ A. Favalle: “La dimensión misionera en los diversos sectores de la pastoral” en “La formación del sacerdote del tercer milenio”, p.352.

La caridad pastoral es participación de la misma caridad de Jesucristo, cuyos signos son la compasión-misericordia por las gentes abatidas, pobres..., la entrega de su vida por el rebaño, el servicio, el cuidado amoroso del rebaño. Por eso, el Presbítero debe imitar, revivir y comunicar la caridad pastoral de Cristo ².

Jesús realizó su caridad pastoral en la condición de siervo y bajo el signo de la presencia del Espíritu en su persona y en su misión. Por eso, la condición de siervo y el dejarse guiar por el Espíritu son rasgos propios de aquellos a quienes Jesús ha encomendado continuar su misión.

La Caridad Pastoral, cimentada en la voluntad de Dios y en el seguimiento de Jesús, se identifica a sí misma como un “amor primario y total a la comunidad a la que se sirve pastoralmente”. Este amor está hecho de ternura y de fidelidad, y sus frutos son: la abnegación (cf. Jn 10,11); el consuelo que ofrecen a los que viven en apretura y la voluntad de crecer como pastores. El amor a la comunidad, si es auténtico, incluye también el amor a la Iglesia universal. En definitiva, el contenido esencial de la caridad pastoral del Sacerdote es la donación de sí, la total donación de sí a la Iglesia, la entrega sacrificial, compartiendo el don de Cristo y a su imagen (PDV 23).

Por ello, la Caridad pastoral tiene dos vertientes:

– la *crístocéntrica* ya que es participación en la caridad pastoral de Cristo, que lo conduce a entregar su vida por la humanidad. La caridad pastoral es amor de adhesión y de identificación del Sacerdote a Cristo, a quien seguimos.

– la *eclesial*: la contemplación de Jesús, el Buen Pastor que da su vida por las ovejas, conduce al Sacerdote a dar su vida por la Comunidad a la que sirve. La caridad pastoral es amor primario y total, sponsal, a la Comunidad, estando disponible para una misión universal.

Estas dos vertientes de la Caridad pastoral son la clave de la santidad y de la espiritualidad del Sacerdote.

² Mons. Juan María Uriarte: “*Ministerio Presbiteral y espiritualidad*”, San Sebastián, pp. 56-57.

2.2. *La Caridad Pastoral, don de Dios y deber del Presbítero*

“La caridad pastoral, “participación en la misma caridad pastoral de Jesucristo” es “don gratuito del Espíritu Santo y, al mismo tiempo, deber y llamada a la respuesta libre y responsable del presbítero” (PDV 23).

La caridad pastoral “fluye..., sobre todo, del sacrificio eucarístico que es, por ello, centro y raíz de toda la vida del presbítero, de suerte que el alma sacerdotal se esfuerce en reproducir en sí misma lo que se realiza en el ara sacrificial” (PO 14).

La caridad pastoral es infundida por el Espíritu Santo en el sacramento del Orden, encuentra su expresión plena y su alimento en la Eucaristía y fluye del ministerio como manantial inmediato.

Conclusión

Para clarificar mejor lo dicho, ofrecemos esta sencilla síntesis:

Ministerio y santificación del Presbítero

Hemos de tener presente que la coincidencia entre ministerio y santificación no es automática. La gracia con su característica de “pastoral” requiere el consentimiento de la libertad del presbítero y actúa a través de ese consentimiento que solicita sin sustituirlo. Cuando el presbítero consiente a la gracia y le da una respuesta positiva, entonces la caridad unifica los varios momentos a través de los cuales la existencia presbiteral se expresa y de esta forma favorece la interacción del ministerio y de la santificación del que debidamente lo cumple ³.

b) Gracia y cumplimiento correcto del ministerio del Presbítero

Tampoco existe automatismo entre “gracia” y “realización correcta” del ministerio pastoral del sacerdote. La gracia, con su característica pastoral, capacita al presbítero para realizar un ministerio específico en la Iglesia pero no transforma automáticamente lo que él hace en acciones santas ni tampoco en correcto ministerio pastoral.

³ A. Favalle, artículo citado.

¿Por qué razón?, nos preguntamos.

Ofrecemos las siguientes razones que aportan dos autores:

– G. Colombo: “No transforma automáticamente en acciones santas, porque también la caridad pastoral puede estar contradicha por la posibilidad del pecado”, del que no está exento el presbítero; “y no en adecuado ministerio pastoral, porque la caridad pastoral que compromete a desarrollar el ministerio pastoral con todo el corazón, con toda la inteligencia, con todas las fuerzas, no sugiere ni dicta las directivas necesarias para el ejercicio adecuado del ministerio pastoral”⁴.

– A. Favalle: “No basta tener que tratar con realidades santas -como la Palabra de Dios y los sacramentos- para que las acciones con las que se llevan a cabo sean santas. Para que las acciones sean tales, el presbítero debe cumplirlas en “estado de gracia”. Así justamente el cumplimiento del ministerio se puede considerar adecuado solamente cuando se desarrolla con los requisitos de preparación, de competencia, de capacidad humana, espiritual, intelectual y pastoral que dicho ministerio requiere”⁵.

2.3. La Caridad pastoral hace que el ministerio sea “oficio de amor”

“Con la caridad pastoral, que caracteriza el ejercicio del ministerio sacerdotal como “*amoris officium*”, el sacerdote es capaz de hacer del don

⁴ G. Colombo: “Fare la verità del ministero nella carità pastorale”; “CEI, Commissione per il Clero”, en “la spiritualità del prete diocesano”. Glossa, Milano, 1990.

⁵ A. Favalle, artículo citado. Meditemos estos textos: “Se debe recordar que la caridad pastoral que tiene su fuente en el sacramento del Orden, “encuentra su expresión plena y su alimento supremo en la Eucaristía” (PDV 23). Del sacrificio eucarístico es de donde los presbíteros alcanzan la fuerza para hacer la donación de sí mismos: una donación total al servicio de Dios y de los hombres “a imagen del don de Cristo a su Iglesia –el don de su cuerpo entregado y de su sangre derramada que se hace de nuevo presente en cada Eucaristía–. Solamente si los presbíteros tratan de imitar la actitud oblativa de Cristo, Buen Pastor, como se manifiesta en la Eucaristía la caridad pastoral impregnará de manera “sacrificial” toda su existencia y llegará a ser para ellos “el principio interior y dinámico capaz de unificar sus múltiples y diversas actividades” promoviendo su santificación (PDV 23).

Los hombres, tácitamente o en voz alta, preguntan al Sacerdote hoy: “¿Creéis verdaderamente en lo que anunciáis? ¿Vivís lo que creéis? ¿Predicáis lo que vivís?

“El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio” (EN 41 y 76). Hoy más que nunca el testimonio de la fe y la coherencia de la vida de los presbíteros son una condición esencial para dar eficacia real y creíble a su actividad misionera en todos los sectores de la pastoral” (A. Favalle).

del ministerio una elección de amor, para el cual la Iglesia y las almas constituyen su principal interés y, con esta espiritualidad concreta, se hace capaz de amar a la Iglesia universal y a aquella porción de Iglesia que le ha sido confiada, con toda la entrega de un esposo hacia su esposa” (PDV 23).

El Sacerdote debe ser el hombre que, en su caridad pastoral, experimenta a Dios para que los hermanos a quienes sirve puedan experimentar a Dios. Ha de vivir la experiencia de sentirse amado por Dios, para mejor poder evangelizar al hombre diciéndole: “Dios te ama”. El sacerdote que “ha conocido y creído el amor que Dios le tiene, se convierte en la mejor mediación para que “conozcan” y “crean” en el amor que Dios les tiene, aquellos a quienes ofrece su caridad pastoral... La experiencia del misterio del amor de Dios a los hombres es lo que debe hacer de su caridad pastoral un “creciente y apasionado amor al hombre”, con una “sensibilidad humana” que describe Juan Pablo II (cf. PDV 72) (J. M^a. Inmizcoz Barriola).

2.4. *La Caridad Pastoral y la unidad interior del sacerdote*

Son muchos y variados los apostolados, los ministerios que realiza el Sacerdote. Esa experiencia de diversidad y multiplicidad puede producir en él un sentimiento de dispersión, de ineficacia, de activismo sin sentido. ¿Cómo unir en los sacerdotes la intensa actividad pastoral con una profunda vida interior? La Caridad pastoral es el principio de unidad entre el ministerio y la vida espiritual del Presbítero y entre las diversas tareas que realice el Presbítero (PDV 14).

“Sobre el fundamento de la amor a la voluntad divina y de caridad pastoral se construye la unidad de vida (PO 14), es decir, la unidad interior (PDV 72) entre la vida espiritual y la actividad ministerial. El crecimiento de esta unidad de vida se fundamenta en la caridad pastoral, nutrida por una sólida vida de oración, de manera que el presbítero ha de ser inseparablemente testimonio de caridad y maestro de vida interior. La pérdida de la unidad interior del sacerdote es consecuencia, sobre todo, del enfriamiento de su caridad pastoral, o sea, del descuido a la hora de “custodiar con amor vigilante el misterio del que es portador para el bien de la Iglesia y de la humanidad” (PDV 72).

2.5. La Caridad Pastoral y la comunión en la acción pastoral

364

La Caridad pastoral reclama que los Presbíteros trabajen en comunión con los Obispos y con los demás Presbíteros para no correr en vano (PDV 23). No olvidemos que “la caridad vivida por el ministro no tendrá que nutrirse sólo de actitudes –aunque elevadas– sino que tendrá que insertarse en el camino de una Iglesia concreta, local, es decir, en un conjunto de relaciones: con el obispo, con los sacerdotes, con los laicos. Se trata de “una relación filial con el Obispo, de una relación fraterna con los sacerdotes, de una relación paterna con los fieles. Por eso, no es suficiente considerar la caridad pastoral como principio interior: un sacerdote podría estar animado de una sincera caridad en sus acciones y plegarias, pero, de hecho, podría no proceder en un camino unitario de Iglesia. La caridad debe ser “pastoral” también en un sentido objetivo, es decir, al servicio del camino pastoral que una Iglesia local recorre” (Erio Castellucci). Es el criterio para verificar el amor pastoral del presbítero a su comunidad.

La Caridad pastoral animará y sostendrá los esfuerzos humanos del sacerdote para que su actividad pastoral sea actual, creíble y eficaz (PDV 72).

3. La Caridad Pastoral y las virtudes del Sacerdote

La Caridad pastoral “colorea” las *virtudes teologales* del pastor. La fe del Pastor es la fe preocupada por la fe de los demás y preparada para soportar la indiferencia religiosa, el ateísmo; la esperanza del pastor espera más allá de las evidencias humanas y le confiere la convicción de que el bien, la verdad, la libertad vencerán al pecado; el amor del Pastor es la “caridad pastoral”.

La Caridad pastoral “modifica” las *virtudes cardinales* del pastor ya que potencia la prudencia con la fidelidad a la realidad y la humildad, dirige y estimula la justicia, otorga a la fortaleza firmeza y tenacidad en el ministerio y convierte a la templanza en servicio generoso a la Comunidad.

La Caridad pastoral da su sello peculiar a la *oración* del Presbítero ya que es una oración que tiene su origen en la Escritura y en la vida de la gente, leída con mirada de fe. Comienza por mirar al Señor y dejarse mirar por Él, contarle su historia, pasar a las manos de Cristo las personas

heridas en el camino, los problemas de la misión. “Se trata de “una plegaria que esté dentro del misterio de Cristo-Pastor para sumirse en el misterio de la Iglesia-greg y que no sólo dé “voces” a toda la Iglesia universal (en la liturgia de las horas), sino que dé “voces” también a las personas para las que el ministro es enviado... El Pastor dará espacio a rostros, situaciones, sufrimientos, alegrías, solicitudes que encuentra cotidianamente en su camino. Una plegaria que se llene de rostros y los presente al Señor es ingrediente irrenunciable de la oración del ministro y alimento de su caridad pastoral” ⁶.

La Caridad pastoral da un perfil propio a *la ascesis* del Presbítero en cuanto que le invita a soportar los trabajos por el Evangelio, a vencer las tentaciones, a aceptar la persecución por el Reino de Dios y a perseverar en medio del dolor, de la soledad...

4. La Caridad Pastoral y el radicalismo evangélico del Sacerdote

El radicalismo evangélico es exigido a los Presbíteros no sólo como cristianos, sino también como Pastores ya que “brotó de la llamada de Cristo a seguirlo e imitarlo, en virtud de la íntima comunión de vida” (cf. PDV 27) ⁷.

Este radicalismo contiene un rico florecimiento de virtudes y exigencias éticas que son decisivas para la vida pastoral y espiritual del Sacerdote. Destacamos la fe, la humildad ante el misterio de Dios, la misericordia entrañable, la capacidad de acogida...

4.1. Los consejos evangélicos

Este radicalismo tiene su expresión privilegiada en los consejos evangélicos a los que la Caridad Pastoral da su sello inconfundible (cf. PDV 27). Estos consejos son mediaciones de amor a Dios y a los hermanos, expresiones de la caridad pastoral.

a) *La pobreza* del pastor es expresión de la caridad pastoral y significa ante todo: “darse como Cristo” (cf. Mt 8,20; 2Cor 8,9). Esta pobreza

⁶ Erio Castellucci, artículo citado.

⁷ Mons. J. M. Uriarte: “*Ministerio Presbiteral y espiritualidad*”, pp.73-77.

tiene estos rasgos: vivir del propio trabajo pastoral, llevar una vida austera, ser libre al servicio de la misión, optar por los más pobres, denunciar el pecado y las estructuras de injusticia, devolver a la comunidad y a los pobres lo que no necesite... (cf. PDV 30).

b) *La castidad* es “signo y estímulo de la caridad pastoral y fuente de fecundidad espiritual en el mundo” (PO 16). Tiene estas dimensiones: cristológica: teniendo una profunda amistad con Cristo; eclesial: ser signo del amor esponsal entre Cristo y su Iglesia, sirviendo y amando a la Iglesia como Cristo la amó y la sirvió; antropológica: ser cercano a los enfermos y abandonados, a los que nadie quiere; escatológica: signo y anticipo del encuentro final con Cristo “al servicio de la nueva humanidad que Cristo, vencedor de la muerte, suscita por su Espíritu en el mundo” (PO 16).

c) *La obediencia* que se deriva de la caridad pastoral es parte integrante de la acción ministerial. Está hecha de escucha y de disponibilidad para la misión y tiene estas características peculiares: apostólica en cuanto que reconoce, ama y sirve a la Iglesia; presbiteral: exigencia comunitaria de inserción en la unidad del Presbiterio; pastoral: generosa, sacrificada e incondicional disponibilidad para el servicio a los demás (cf. PDV 28). Incluye el diálogo sincero en la Iglesia. La obediencia del Pastor no tiene que ver con la sumisión irresponsable. Es la expresión del amor que le une al Padre y de la solidaridad con los hombres, a fin de hacerlos partícipes de su misma existencia filial. Esta obediencia le hace perfectamente libre ante quienes maltratan, someten o dispersan a las ovejas del Padre. La obediencia le conduce a dar la propia vida a favor de las ovejas. El Pastor ha de descender peldaño a peldaño hasta el reino de los muertos, para liberar a cuantos yacen en tinieblas y conducirlos a la nueva vida.

4.2. Ayuda que debe recibir el Presbítero

Es de todos conocido que, con frecuencia, el presbítero no puede resolver solo todos los problemas que se le presentan. Necesita ser ayudado, no sólo y por supuesto, por la gracia divina, sino también por la Diócesis, por sus Instituciones, por sus hermanos sacerdotes. Eso es expresión de comunión fraterna y eclesial.

¿Qué ayuda ha de ofrecérsele al Presbítero en el ámbito de la pastoral?

Siguiendo las enseñanzas de Juan Pablo, podemos decir que el presbítero ha de ser ayudado a:

– Irse configurando progresivamente como imagen transparente y viva de Jesús, Buen Pastor. Para ello ha de ir haciendo suyas, en el ejercicio de la caridad pastoral, aquellas actitudes de Jesús, Pastor de su Iglesia y de la humanidad. De esta forma el Presbítero irá creciendo en la sensibilidad del pastor, que le capacite para asumir responsabilidades, sopesar problemas, establecer prioridades, elegir medios adecuados de solución desde la fe y según las exigencias de la pastoral (Cf. PDV 58). Por otra parte, esta sensibilidad pastoral ha de empujarlo a un mejor conocimiento de la situación de los hombres a quienes es enviado, al discernimiento en las circunstancias históricas, a la búsqueda de métodos y formas más adecuadas para ejercer el ministerio en nuestro tiempo (cf. PDV 72).

– Buscar y realizar una pastoral actual, creíble y eficaz. Esto exige del presbítero ir conectando con aquellos signos evangelizadores de Jesucristo y de los Apóstoles, que garantizan y certifican a los envidos por Dios en medio de su pueblo para apacentar el rebaño de Dios.

– Encontrar el nuevo estilo ministerial de evangelización que ayude a la instauración y extensión del Reino de Dios. En este sentido, ha de emplear nuevos métodos como la acogida, la aproximación personal, el diálogo pastoral, la nueva apologética...

– Asumir la necesidad de compartir corresponsablemente la misión con otros presbíteros, religiosos/as y seglares en la pastoral de conjunto y de acompañar a los seglares en su apostolado individual o asociado en sus compromisos seculares.

(Continuará)